



EL SARCOFAGO DE TALLAFERRO

por
JUAN PRAT COLOMER

A Ripoll han fet l'enterro del magnànim Tallaferro.

Aquí yacen Condes y Reyes de nuestra tierra. Aquí reposan nuestros fundadores. Soberanos que hicieron la guerra a moros, árabes y traidores. En urnas, venerables testimonios de su valía y del genio de la patria. Relicarios dignos y meritorios desde Wifredo hasta los Berenguer.

Este es el monumento sagrado de la historia, como pirámide evocando el misterio. Sepulcro, gran memoria, del pasado es para su magnífico Monasterio. Sus firmes pilastras de tallada piedra, su portalada esculturada, las arcadas de sus claustros y sus momias venerandas, evocan un conjunto de historia que ningún español y menos un catalán, podrá nunca olvidar.

«I així entrant al Monestir — perfum de roses — qu'embrauma l'esperit i fa bategar el cor, l'evocació davant el lloc on la tomba de Bernat Tallaferro és gran. Es recort. Es senyor.

Quines flaires de gestes oblidades, de Comtes enterrats, d'Abats il·lustres. d'històries velles i més històries soterrades dessota aquestes voltes!

Quina alenada d'essències de volums vells i grossos còdexs de segles arrugats!

Quins aromes de santedad, i fe, i virtuts heroïques ocultes sota la cuirassa justiciera, sota estandards empolsegats, de guerrers temerosos de Déu, d'homes d'església i governants amb equitat, o sota els hàbits i les regles del Patriarcat del Monte-Cassino!

A qui no hagi encara mai entrat, ni tant sols una sola vegada, al nostre Monestir, li farem un cant amb perfums, flaires, alenades i aromes d'encens.

Perquè, als ripollesos ens agrada molt que s'ens coneixin ben a fons els retalls d'història — història engendrada a la mateixa vall dels dos rius — i que han fet gran el Comtat i han enllaçat amb la mateixa història d'Espanya. Ens afaïlaga i ens sentim honrats de la nostra Covadonga catalana. Avui encara mirem amb recança — que enceta aquella monotonia que ataràxia el cor — les pedres clavades de sarcòfegs en recordar-nos que entre ells

Jau aquí'l Comte Bernat
sota una llosa embrunida,
que compta'ls fets de sa vida
i enalteix sa gran pietat.

A los hermanos del gran Oliba — príncipes de la sangre del Velloso — la Providencia les reservaba para grandes cosas, justamente empezada su carrera en los albores del siglo XI.

Bernardo, el primogénito de Oliba Cabreta y Ermengauda, les sucedió en el Condado de Besalú en 989. Aparece ya casado con Adela Tota en 994 y así en el transcurso de años hizo gran-

des obras y no menos grandes hechos, para perpetuar su memoria de Príncipe religioso y valeroso.

Las campañas contra los árabes, sus victorias contra los revoltosos que le infestaban los condados, le elevaron a la categoría de uno de los más afamados capitanes de su siglo, y el pueblo al admirar el esfuerzo de Bernardo en las batallas y la decisión enérgica que desplegaba en el combate, le apellidó TALLAFERRO (Bernardus scilicet Scindens/ferrum - Gesta Comitum: Cap, X), nombre glorioso con que habían de conocerle las futuras generaciones.

Todo el poema encerrado en las lacónicas expresiones de «valiente sin par, esclarecido por las victorias contra los enemigos», como llaman los contemporáneos sus hechos de armas, lo traduce la historia en un resultado: «El Condado de Besalú fue el refugio de los ejércitos cristianos; sus fronteras el antemural contra las agueridas huestes del victorioso Almanzor».

Delineada a grandes rasgos, es grande la figura del primer hermano de Oliba, obispo y abad.

Fundado en documentos auténticos, en particular la Encíclica — llena de celestial embeleso y mística melancolía, obra maestra de literatura, digna en todo del apogeo científico a que llegó al finalizar el siglo X la escuela cristiana — retrata las cualidades físicas y morales del Conde Tallafarro, de esta manera:

«BERNARDO, Conde y Marqués, Príncipe y padre de la patria, fue varón verdaderamente católico, insigne en bondad, piadoso sin igual entre sus contemporáneos, diestro en las armas, de arrogante presencia, de bello semblante, espléndido por hábito, elocuente en el hablar, poderoso, de acertado consejo, de admirable ingenio, de dulce conversación, abundante en recursos, valiente sin par, esclarecido en las victorias contra sus enemigos. Era asimismo terrible para los malvados y, aunque tan poderoso, afable y humilde con los buenos, padre de los pobres, fuerte en la justicia, recto en el juzgar, lleno de misericordia, edificador de iglesias y en todo amante de los monjes, a los que veneraba como a padres, y les tenía en muy alto concepto como a señores, y les excitaba al bien como a hijos».

Muy justo considerará este elogio quien recuerde que el papa Gregorio V llamaba a Bernardo «su querido hijo espiritual y glorioso Conde». Que Sergio IV le denomina «especial hijo suyo». Que Benedicto VIII le tiene por varón temeroso de Dios y le titula «ínclito conde». Que el arzobispo Gaucelin, obispo de Bourges y abad Floriacense, le honra con los dictados de «lumbre de la patria y refugio de los pobres» y finalmente el Juez de Besalú, Eurigio Comarcho, Presbítero, lo apellida «ínclito y benignísimo protector de la fe católica, el religiosísimo Bernardo».

**Mes, mentres les boires besen
dels Pirineus les cims altes
i les seves deus puríssimes
fertilitzen encontrades,
serà ton Comte una glòria
de la terra catalana.**

En Ripoll se encontraba Bernardo, Conde de Besalú, por Septiembre del 1020. al parecer, para tratar del matrimonio de su propio primogénito Guillermo «el Craso», quien ya al nacer estaba unido con esponsales de futuro con Adelaisa, noble doncella de Provenza.

Al objeto de llevar a cabo su promesa y feliz compromiso contraído, partieron hacia el 20 del mismo mes. Padre e hijo con espléndida comitiva y aguerrida caravana cabalgaban juntos.

Los monjes de Santa María, que les amaban como a padre y hermano de su excepcional abad, despidiéronles con lágrimas, como si presintieran que había de volver cadáver, el conde que tan alegre y lleno de vida les dejaba.

No fueron vanos tales presentimientos.

Bajo los álamos, Tallafarro se ha detenido. El séquito descabalga y se tienden sobre el césped del prado. Canta un arroyo perpetuamente alimentado por nieves y glaciares del gran Pirineo.

Guillermo, hijo del conde, espera frenético y con delirio su encuentro con Adelaisa, de Provenza un ramillete, de princesa una flor, para tomarla por esposa como está convenido. Es un pacto en el cual ellos dos no han intervenido. Es cosa de padres. Es política de lazos que los dos tienen que obedecer y seguir. Es Tallafarro la autorizada voz.

El sol oscila y hace sombrajos entre las hojas, el césped tiene un tono y un olor a humedad. Los caballos pacen lentamente la tierna hierba. Los soldados están cansados y se tienden uno después de otro.

Después, Tallafarro y Guillermo despachan una frugal cena. Cuando sus ayudantes retiran los restos, ambos hablan. Bernardo es hombre de buena palabra, clara inteligencia, noble aspecto y alto de talla. Está colmado de experiencia, y el hijo lo escucha con mucha atención. Admira al padre por heroico y justiciero, varón de iglesia y temeroso de Dios, que gobierna con equidad y bondadosa templanza. Por ello, las sabias palabras del Conde encuentran excelente acogida y admiración en Craso y Tallafarro queda satisfecho y cree que el negocio matrimonial entre manos, será, como todos sus proyectos, un éxito total.

Titilan las estrellas allá en el límpido firmamento y el fuego de campamento está apagado ya. Las tiendas aparejadas han engullido ya a más de un dormilón. Grita la lechuza posada sobre un olivo con un tono de lúgubre gemido y los grillos principian con sordina de armónica, aquella monotonía que amodorra el espíritu.

Tallaferro permanece despierto un rato sobre su yacija.

Por su pensamiento desfilan las más extraordinarias gestas que ha protagonizado. Su desvelo por el templo de Santa María de Ripoll. Los privilegios a favor del cenobio de San Ginés y San Miguel de Besalú. La cesión del Monasterio de Monitassen a San Miguel de Cuixá. La fundación del condado de Fenolleda. La construcción de la iglesia de Santa María de Panizars, cedida al cenobio de Arlés. La confirmación de bienes y privilegios de los cenobios de Camprodón y Bañolas. La expedición a Córdoba y la batalla de Acbatalbacar. Las luchas con el conde de Ampurias que acabaron con casamiento. La erección del obispado de Besalú después de la visita a Roma.

Se encuentra aún muy fuerte y valiente y no quiere aún retirarse de su vida frenética que es su ambiente preferido. Cortarle las alas ahora, hubiera sido eliminarlo de la faz del mundo.

Cuando el sol justo revienta la alborada y como espadas sus rayos atraviesan la tenue aurora, las trompetas y cuernos hieren el silencio de la mañana. Lábaros, estandartes y gallardetes se anticipan en saludar, clavados, al nuevo día con sus ondulaciones vibratorias. Todos se despiden, se levantan y se preparan. La jornada que empieza será muy dura. El aire es fino.

Ha cabalgado la comitiva toda la jornada bajo un sol implacable. Un final de verano duro y caliente. Han comido tan frugal y rápidamente que ni se han detenido. El tiempo pasa demasiado aprisa y el trayecto es aún largo. La promesa de Guillermo aguarda impaciente al novio. Bernardo, que es hombre pundonoroso, quiere llegar con exacta y rigurosa puntualidad.

Pisa el pelotón del conde el fuerte y duro sol reflejado en el camino. Rebotan los cascos en dureza pétreas, no sin antes hundirse en un polvo que se levanta, a cada pisada, como una protesta furibunda. Los estandartes se empolvan. El sudor amarillenta los rostros. Todos querían descansar y suspiran por dormir.

El veintiseis llegan a la orilla del Ródano.

La vanguardia ha frenado la marcha de los corceles. Frente a frente tienen al gran Ródano que baja impetuoso y desbocado a causa de los deshielos de los Alpes. Nadie se atreve a pasar.

Bernardo, al llegar, desafía cara a cara la precipitada corriente. Tiene una sombra de duda, mas se obstina en vadear aquella corriente.

El peligro enardece a los héroes, pero éstos confunden con frecuencia la temeridad con el valor.

**— Avant! — crida a son cavall:
i el cavall a l'aigua es llança.
Més ay! la corrent és forta
i prompte terra li manca.**

Atrevido y confiado jinete, se engolfa Tallaferro en las sinuosidades del caudaloso río y dis-

para su caballo agua adentro. Los demás gentil-hombres intentan pararlo. Buscan razones temerarias para convencerlo, mas no hace caso de nada ni de nadie. Tanteará el lecho y los demás le seguirán. El caudillo es el que piensa por los demás. Donde otros hombres vacilan, él debe obrar de inmediato. Sus repentinas decisiones, tienen, en ocasiones, que recurrir a estratagemas para alcanzar sus fines. A veces sin demasiada seguridad.

Así sucede. Ellos siguen con toda precaución rayana al miedo.

Avanza poco a poco el Conde, tirando fuerte de las riendas, mas un traicionero remolino se los lleva hacia unas rápidas aguas profundas. Caballo y caballero van dando vueltas y se agotan.

Fáltales de repente el fondo y, al reconocer ya tarde el peligro, al temer por su propia vida, se agita, aguijonea al brioso corcel que se encabrita y le arroja con violencia y espanto de sí.

Lucha el Conde desesperado, ora flotando, ora sumergiéndose en las aguas.

**En les aigües revoltades
del Rhòdan incompassiu,
l'invençut per les armades
morí lluitant amb el riu.**

Guillermo y los soldados se estremecen. Nada pueden ya hacer para salvar, para auxiliar, al Conde, que eleva tres o cuatro veces al cielo sus brazos para cerrarlos convulso y frenético en el erguido cuello del bravo bruto que, luchando también con la muerte, otras tantas le rechaza.

Prolóngase algunos instantes la agonía, hasta que, por fin, Bernardo Tallaferro — con el peso de su coraza y armadura —, se hunde y se ahoga, y pierde sangre por las heridas producidas por los arreos, y por los cantos punzantes. El caballo consigue escapar nadando. El Conde, rodando con las olas, es detenido cadáver, entre los sauces de la orilla que con tan risueñas esperanzas había abandonado.

**No ha mort davant l'enemic
a qui sempre plantà cara;
no ha mort lo ferro brandant
contra l'host mahometana.**

Sauces y álamos extendían sobre aquellas riberas un opaco dosel de follaje que ocultaba las primeras estrellas de una postrera jornada, y sobre la languideciente luminosidad del occidente, donde aún persistía el crepúsculo, se dibujaba, entre un exquisito encaje de hojas y ramas, un sombrío, triste, melancólico y fúnebre silencio que ni el mismo río, con su bravuconada, osaba romper, como escondiendo su culpabilidad.

La noche era bella. El río era traidor. Tallaferro estaba muerto.

Consternados e inconsolables oyeron los monjes de Santa María de Ripoll, el anuncio de tamaña desgracia. Buena tanda de oraciones aguardaba a los benedictinos de Ripoll, de Cuixá y del Canigó. Oliba, el gran obispo-abad, que amaba con excepcional cariño y particular atención al difunto Conde y hermano, enfermó gravemente a causa de la extremada tristeza que le consumía. Tota, la esposa, que ignora aún tal desgracia, hace encajes, muy risueña, en las riberas del Fluviá. Adelaida Tota quedaría usufructuaria del condado de Vallespir, donde, al conocer la desgracia, se retiraría acongojada bien pronto, como lo había hecho asimismo su suegra Ermengauda después de la muerte de Oliba Cabreta.

La comunidad benedictina creyó deber honrar la memoria de tan insigne bienhechor, elevando sobre su tumba un templete, con base de piedra esculpuraada, cuyo epitafio en la lápida del sepulcro — al lado del dintel de la puerta capitular —, decía:

**SPLENDOR FORMA CARO VIRTUS CUM GERMI (NE CLARO)
UT CITO FLORESCUNT MODICO SIC FINE LIQUESCUNT)
HOC DUO TESTANTUR COMITES HIC QUI TUMU (LANTUR)
BERNARDUS TAIAFERR GUILLELM COGNOMINE CRASUS
G(uilelm) PATER B(ernardi) F(ilius) B(ernard)I RODANO Q(ui)
FATALIA PASSUS.**

**ARMIS. CONSILIO. REBUS. FAMA. VIGUERE:
(SUMPTIBUS) HANC MULTIS DITARE DOMUM STUDUERE
U(NDE) CORONATI REGNENT SUPER AST(RA LOCATI)**

Era el siglo de oro del RIVA-POLLI.

La muerte había arrebatado a Oliba y a todos sus hermanos en la segunda mitad del siglo XI; mas estuvieron representados por una preclara descendencia y sucesión que heredó su amor y protección a la Basílica benedictina de Santa María de Ripoll, acrecentándola como Panteón de los Condes de la Marca Hispánica.

Crónica dedicada al muy honorable ripollés Don JOSÉ SAYOS GRAELLS, miembro entre los doctos que formaron el Patronato de Restauración y Conservación del Real Monasterio, y gran admirador de las glorias Monásticas de la Cataluña medieval

Fotomontaje del autor.